





CUMPLA SU SUEÑO



Joshua Linde

# CUMPLA SU SUEÑO



Primera edición: mayo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Joshua Linde

ISBN: 978-84-19340-64-1

ISBN digital: 978-84-19340-65-8

Depósito legal: M-15090-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







Vivamos de manera que cuando muramos,  
incluso el enterrador se arrepienta.

MARK TWAIN



# 1

Decir que este día de su cumpleaños iba a ser horroroso sería subestimar lo horroroso. No recordaba ningún pesar en cumpleaños previo alguno, ni nunca había augurado algo malo con mayor intensidad. Nada peor que tener la certeza de que esta vez su suerte cambiaría para mal; aquello hacía la jornada desdeñable desde el primer minuto. Para colmo, la noche anterior había servido de preludio: soñó que cumplía veinte años de nuevo. Tenía su sentido como intenso deseo onírico, pues una vez pasas de los veinte, sumar no deja de ser una faena para cualquiera. Si envejecer no fuese ya de por sí suficiente canallada, que ese desapacible día en que Enrico alcanzaba la respetable edad de sesenta y dos cayera en viernes le amargaba aún más si cabe, pues dicho día de la semana sabía que no vería a la única persona de aquel lugar por la que, solo por verla pasar, habría valido la pena levantarse de la cama. Bebía desolado su taza de café largo, de la máquina para los empleados, en la planta baja de aquellos grandes almacenes de moda cercanos a Oxford Circus, en el corazón de Londres. Un lugar de tal fama que no quisiera yo incrementarla por razones profanas, por lo cual me tomaré la libertad de omitir su famoso nombre como medida a eludir, cuando esta historia vea la luz, un masivo y pervertido peregrinaje al lugar. Dejemos, pues, al margen detalles que delaten demasiado y demos algo de rienda suelta a nuestra a menudo anímica imaginación. Así que, ¿por qué no llamar a aquel lugar con el seudónimo de Libertad? Por otra parte, y no menos importante, preferiría evitar poner en peligro la privacidad

de un buen hombre como Enrico, pues, a fin de cuentas, aquello siempre fue lo que le atrajo de Londres: su irresistible anonimato, rico o pobre, triste o feliz, cualquier ser puede deambular con su soledad sin ser perturbado durante días, años, lustros. Antes de su *big bang* particular, no es que quisiera él revelar mucho de lo poco que apenas sucedía en su monótona vida, que hacía más de una década, desde su agrio divorcio, había sido bien poco.

La mujer de sus sueños, Rosie, por desgracia solía librar los martes y los viernes. Se lo podía permitir, al ser la *mánager* de la sección de ropa infantil del lugar. Un cargo que le venía como anillo al dedo siendo madre de un niño de ocho años y otro de seis. Rosie era una trabajadora responsable. Una persona responsable. Tu trabajo suele ser un reflejo de tu personalidad, y ese carisma profesional no era nada en comparación con su arrollador encanto. Rosie tenía treinta años y su estabilidad emocional le permitía derrochar simpatía con quienquiera que la conociera. Se había casado a los veinte con Lee, su primer novio, y era *vox populi* que su hogar gozaba de una estabilidad envidiable. Claro que un ser de luz como Rosie habría sido feliz en su matrimonio aunque hubiera estado casada con el mismo demonio. Lo más destacable e inusual para los tiempos que corrían resultaba esa absoluta compaginación de su belleza exterior con la interior. Rosie medía sobre un metro setenta, era de complexión delgada, si bien con las curvas idóneas, piernas de ensueño y una atlética figura por la que la maternidad había pasado desapercibida. Cabía la posibilidad no refutada de que sus senos, tipo lágrima, resultasen así o pareciesen más caídos de lo que originalmente fueran tras amamantar a dos críos. Pero su mejor atributo era su cara. Rubia natural incontestable, lucía a menudo media melena caída hacia un lado, ocultando a veces una mirada azul imponente y rostro ovalado con facciones propias de estrella de cine. Aquellos rasgos ayudaban a exaltar semejante belleza interior (matriz de esas eternas interpelaciones: qué hubo primero, su belleza interna o la externa, la gallina o el huevo). Y destellaba como culmen una sonrisa iluminadora, fruto de pura

dulzura, ineludible. Era una de esas contadas personas cuyo sonreír alumbra sus rostros y como onda expansiva a cualquier ser vecino; y su presencia, el entorno entero. Sonreía a modo de succulento néctar capaz de endulzar la más triste existencia; algo de lo que Enrico no iba a disfrutar ese día. Y la cosa le daba una rabia irracional.

Enrico terminó su café, se puso el abrigo de piel y salió afuera, al callejón de la entrada para personal, a echar un pitillo. De modo habitual observaría su llegada a esa hora, en plan casual, a partir de las ocho y treinta y cinco. Salió igualmente para por lo menos recordarla en solitario. Era el único cigarrillo que solía echar durante su día allí, en Libertad. Pero aquella mañana, se fumó un segundo; y es que se habría fumado medio estanco. La frustración se nutre de soledad y nicotina.

Consumió aquel pitillo consecutivo, amargado y sin ganas, como diciéndose que era lo menos que se merecía. A fin de cuentas, y cuando conseguía liberarse del embrujo de Rosie unos segundos, las nubes de la incertidumbre se cernían sobre él: ¿cuántos cumpleaños le quedaban ya en esta vida? ¿Diez? ¿Doce? ¿Veinte? Fuese la cifra que fuese, no se auguraba muchos; no. Aunque no padecía ningún mal cardiovascular, Enrico estaba bastante obeso, pesando unos ciento veinte kilos, la mayoría en su amplia barriga, con lo que se adivinaba que su colesterol debía estar por las nubes. De apenas un metro sesenta y cinco, rostro arrugado, mirada huraña y con sus ondulados cabellos grises peinados hacia atrás, parecía, de forma engañosa, un extra de una película de gánsteres. Cuando en realidad, tenía mucho más de un James Stewart mediterráneo bajo una dieta muy sospechosa. Eso sí, si algo había conseguido, había sido deshacerse de su acento italiano. Pese a seguir orgulloso de su origen napolitano, no quería delatarlo. Al principio se esforzó por eliminarlo. Y su éxito fue tal que a menudo ni siquiera le salían ciertas palabras en su lengua natal. El inmigrante que olvida su lengua corta el cordón umbilical de su tierra, y se transforma en colono. Enrico se sentía tan parte de aquellos grandes almacenes

como su fachada original, tras una década en el departamento de limpieza. Con el título de supervisor ya, no se consideraba un peón más. Pero tampoco un *mánager*. Supervisor... ¿de qué? ¿De basuras? Además, su salario parecía tan congelado como aquel frío londinense de noviembre. Suficiente para vivir de modo decente; precario para vivir holgadamente. Sabía que con un trabajo así nunca conquistaría a una mujer como Rosie. Quizá para alguna que otra madre soltera en el paro él resultara un enjuto magnate. Pero para el británico nativo solo estaba un peldaño superior al mendigo que suplica calderilla en la esquina.

De manera inconsciente, apreciaba la dicha de poder pensar en Rosie, de conocerla, pues ella nunca le evitaba, ni mucho menos le ignoraba ni hacía ver que no lo hubiera visto, como venía a ser práctica común entre los más engreídos ingleses. Le hacía sentir como un amigo de veras, como un entrañable tío, o agradable vecino, deleitándole siempre con su más espectacular sonrisa.

A eso de las nueve empezó su trabajo de veras, comprobando que los lavabos de las dos primeras plantas comerciales tuvieran de todo y charlando brevemente con Marlene, la supervisora de baños femeninos. Marlene era una londinense de cincuenta y seis años que, por decirlo suave, no vestía acorde con su edad. Más bien marcaba como una de diecinueve camino de la disco tras apostarse con las amigas que se iba a camelar a cuatro tíos. Aunque ya empezaba a tener más arrugas de las factiblemente maquillables, se comportaba un poco cual buscador de talento en lo referente a sus capturas: cuanto más jóvenes mejor. De no haber sido por las estrictas leyes que (¡por fortuna!) hoy en día te disuaden hasta de pensar en cualquier menor, probablemente hubiera ido a almorzar al patio del colegio más cercano. Su fortísimo dialecto *cockney* (o habla obrera del este de Londres), que resultaba a veces incomprensible, amortiguaba sus divagaciones, la mayor parte clasificadas «X». Tal vez por su apertura a comentar sus conquistas con veinteañeros desesperados, Enrico prefería nunca atender avance alguno con su excéntrica compañera laboral, pues su relación estaba basada en la

camaradería y sentido del humor. Marlene le contaba alguna que otra aventura que, de hecho, resultaba más sexi que encontrársela en bragas. Lo cual, por cierto, hizo él accidentalmente en una ocasión en que debido a un escape de agua a la hora de cerrar se vio obligado a ir corriendo a chequear el lavabo de minusválidos, donde lo único que comprobó fue que llevaba bragas y sujetador negros al cazarla en la postura del perrito mientras Marek, el nuevo repartidor eslovaco, se esmeraba en el coger menos ortodoxo. Todo sea dicho, aquella había sido la única ocasión en que Marlene le excitó, más que nada por el súbito morbo inesperado, similar a que, en medio de las noticias de las nueve de la BBC pusieran un clip de Pornhub. Pero no. El trabajo era el trabajo y en aquellos ya problemáticos días del 2007 el que perdiera su empleo lo tenía algo crudo para encontrar otro. Claro que la verdadera razón por la que él no hubiera dado paso alguno ni con la ninfómana de Marlene, ni con la mismísima *miss* Inglaterra, era que el bueno de Enrico jamás hubiera arriesgado que ningún desliz pusiera en peligro su inmaculada relación con Rosie. No fuera ella a pensar que él era otro italiano salido más; o en su caso, un viejo verde latente.

Las personas secretamente enamoradas viven bajo la ilusión infundada, con respecto a sus amores, de que sus existencias les son muchísimo más significativas de lo que en realidad jamás serán. Es probable que a Rosie no le hubiera importado que Enrico se hubiera cepillado a toda empleada del edificio mientras guardaran cola rigurosa. Sin embargo, prefería ejercer su papel de educado divorciado; pese a pasar más de una noche en vela pensando en ella.

¡Qué rápido pasaban los minutos junto a ella! Escuchar su elegante dicción, al narrar historias domésticas y familiares por triviales que fueran. Sumergirse en su celestial mirada, admirando sus excelsos cabellos y debatiéndose por no ojear sus preciosas curvas. Rosie resultaba, adicionalmente, una ventana a la idílica vida inglesa, pues vivía en Kent, lejos de la locura londinense; por mucho que dicho condado deba su fama a su producción masiva de avellanas y racistas. Por paradójico que suene, Enrico

no inspiraba su onanismo nocturno en sus encuentros casuales (y no tan casuales) con Rosie, en realidad solo un par de veces había culminado sus fantasías sexuales pensando en ella. Esto acaeció el día en que, al verla por vez primera, hacía ya cuatro años, se quedó prendado. Lo hizo como aspirando a exorcizar el hechizo. Y la segunda ocasión fue casi obligada. Fue aquella mañana en la que, tras pernoctar con su esposo en un hotel cercano, al parecer se le había olvidado su chaleco del uniforme... ¡y su sujetador!, notándosele su busto bajo un polo veraniego con máxima claridad. Pechos medianos cuyo inesperado denotar le condujo a perpetrar, avergonzado, su solitario consuelo en el baño más cercano.

Su natalicio de marras transcurrió de la peor manera imaginable. Primero, recibió la llamada de uno de los limpiadores, un entregado colombiano que alegó tener la gripe, lo cual le obligó a encargarse personalmente de las basuras de la primera planta, que incluía el restaurante.

Segundo, porque por algún motivo transcendental, habían deambulado tres grupos de colegios de niños ingleses, tal vez atraídos por la interesante arquitectura del edificio principal de Libertad, de origen victoriano (como todo aquello de meridiano interés en la lluviosa isla), o por las connotaciones consumistas de sus sufridos tutores. Lo cual no presagiaba nada bueno, pues hay en este mundo niños buenos, niños traviosos, niños perversos y, por último, niños británicos: *booligans* en versión de bolsillo, que los papás hinchas nunca lograron ser (cortesía de los carísimos precios del fútbol y de los circuitos cerrados de televisión). Sus devastadoras consecuencias no se hicieron esperar: algún demoníaco rapaz se había desvivido por desenrollar e introducir minuciosamente varios rollos de papel higiénico en uno de los váteres de la segunda planta, atascándolo de tal manera que el lugar se convirtió en una instantánea piscina olímpica; con el detalle maléfico adicional de, previo a tirar de la cadena, haber dejado una defecación colosal, lo que ampliaba el abanico de sospechosos. Semejante marranada conllevó los más trágicos y fétidos resultados. Mientras personal



y clientes huían despavoridos, Enrico conseguía abortar aquel pútrido tsunami fecal, a la espera del fontanero, con varios cubos y fregonas. El pobre había pasado un cumple (literalmente) de mierda.

Por mala que hubiera sido su jornada, y viejo, solo y apático que se creyera, Enrico se sentía agradecido. Se decía como un mantra las palabras de un amigo peruano: «La felicidad no se mide por las cosas que quieres y no tienes, sino por las cosas que tienes y quieres». Y tenía mucho más de lo que nunca ni siquiera soñó tener cuando dejó su Nápoles natal y, alicaído, llegó a Inglaterra hacía treinta y siete años, pues detrás de aquella mirada, mezcla de triste y risueña, se ocultaba, sin remisión, la más terriblemente sobrecogedora tragedia.



## 2

Nacer en el seno de una humilde familia napolitana nunca supuso drama alguno de por sí para Enrico. Porque lo peor de su desdicha fue que, antes de que el mal se cebara con su familia de forma implacable, había sido feliz. Su padre, Fredo Gallo, un carpintero con su tienda propia y su madre, Helena, una morena de ojos verdes y tristes que batalló numerosos episodios depresivos, lo habían cuidado con el mayor amor del mundo. Su hermano Teo, dos años menor, enfermó a los quince años con glaucoma de Ewing y murió poco antes de cumplir los dieciocho. Cuatro años después, su tío Fabrizio, conocido por todos como Fab, ferviente protector de la familia por sus contactos con la Camorra, cayó en desgracia por un presunto lío de faldas. Una mañana, mientras pedía su primer expreso, fue estrangulado con una bufanda de Dino Zoff por un encapuchado. Los ojos desorbitados del asfixiado Fab Gallo parecían observar la fatídica prenda que rezaba *CHI AMA NON DIMENTICA* («Quien ama no olvida»). Nunca se supo si ello fue casual, debido a la afiliación sentimental del asesino por el legendario portero italiano o como indudable alusión a la cornamenta diseñada por el finado Gallo.

Aquello devino en las más devastadoras consecuencias. La Camorra se personó en el local de Fredo y le pidió medio millón de liras semanales si quería conservar su negocio (unos doscientos cincuenta euros de 1970). Al no poder permitirse el pago, la madrugada del 20 de diciembre incendiaron su tienda. En su

interior se hallaba el indefenso Fredo confeccionando de incógnito el regalo de Navidad de Enrico. Pereció asfixiado.

Su madre no soportó su pérdida y se hundió en la más profunda depresión. Fue su propio hijo quien una mañana encontró su cuerpo desnudo en la bañera, inmerso en un lago de sangre, viéndose obligado, entre sollozos, a cerrarle los ojos. Durante la fría mañana en que cargaba con el féretro de su progenitora con la comitiva, Enrico supo que debía partir. Emigrar y no regresar jamás. Con solo el corazón destrozado por equipaje, huyó a Londres. En la capital británica, desde su llegada en 1971, nunca le faltó trabajo ni algo que llevarse a la boca. Con un inglés básico, pero un loable ímpetu, superó un duro inicio hasta encontrar su lugar en el sol (o la lluvia, tratándose de Londres). En 1975 se casó con una española, la sevillana Rocío, y no tardarían en ser padres de Sandro primero y Mónica año y medio después. Mejor remunerado que nunca en su trabajo como conserje en un afluyente edificio en Mayfair, los ochenta serían sin duda su cénit familiar. Hasta que, por qué no admitirlo, los niños dejaron de serlo, pues su seno familiar se torció para siempre una tarde de marzo.

Acérrimo aficionado del Chelsea FC, en una Premier League que ya encandilaba al apasionado país futbolero, aquel sábado se dispuso a ir a ver el partido que disputaba fuera de casa contra el Leeds United. Por desgracia, dicho partido, que debía comenzar a las cinco y media de la tarde, fue suspendido apenas dos horas antes de su comienzo debido a un temporal en Yorkshire que había dejado el terreno de juego impracticable. Tras el fiasco de verse en territorio hostil y con la equipación equivocada, su amigo Carletto y él decidieron poner pies en polvorosa y coger el primer tren de vuelta a Londres. Retornaban, eso sí, vigorizados por la sugerencia del napolitano de ir a su casa a ver viejos videos de fútbol. A las seis y veinte estaban ya de vuelta en la estación de Kings Cross. Allí cogieron el metro hasta Kennington, donde vivía.

El *shock* que le aguardaba al bueno de Enrico en su hogar fue de una crueldad sin parangón. Al abrir la puerta de su apartamento,

dieron en primer plano con su hijo Sandro, de veinte años, y una desconocida sentada encima. Con la peculiaridad de que lo hacía frente al chico y desnuda de cintura para abajo en pleno vigoroso acto sexual.

Inicialmente, Enrico quedó enrabiado: «¡Stronzo! ¡¡Cómo puedes comportarte así, en mi casa, en mi sofá!!». Bueno, salvo que este fuera robado o prestado, aquello sonó a redundancia fruto del estrés. Quizá de forma inconsciente le incomodaba saber que después no iba a disfrutar de ningún gol como el marcado por su hijo con la moza, quien se colocó la minifalda y desapareció con un sutil «*I'm sorry*», más propio de quien te roza sin querer en el súper.

Su fiel Carletto, pasándole el brazo sobre su hombro, lo tranquilizó: «*Come on!* ¡Todos hemos sido jóvenes! El chico estaba haciendo lo que todos hacen a su edad; al margen, claro está, de los que se matan a pajas». Enrico tuvo un atisbo de simpatía, o viso de comprensión; eso sí, pensó que con una aspirina se le pasaría el disgusto más rápido. Craso error.

Se dirigió a su habitación matrimonial al fondo del pasillo, herido pero vivo. Al abrir la puerta, la visión que le esperaba volaría por los aires no solo traza residual de simpatía alguna, sino su otrora plácida vida marital en su totalidad.

Ni más ni menos que su esposa Rocío, quien supuestamente iba los sábados tarde al *College* a aprender francés, tumbada sobre el edredón nórdico desnuda, con las piernas abiertas y unas manos sujetándole las pantorrillas como única parte visible con nitidez. Lo más evidente de todo, a merced de los vigorosos empujes de un desconocido matorral peludo encima de ella; y peor si cabe, gimiendo con gran fragor inédito, ajena a todo, semienterrada viva bajo aquel cabelludo amante. Ni aquel montículo de pelo motriz ahogó el iracundo «*Porca miseria!*» del pobre marido, cuyo grito hizo estremecer a todos. Para arrojar aún más sal en la herida, el hombre-mono estaba grabándolo todo en una cámara de mano posicionada encima de la Biblia en la mesita donde guardaba sus aspirinas.